

# ESPECIAL FIESTAS DE LA VIRGEN BLANCA 1972

## FESTIVAL AEREO EN EL AEROPUERTO

En la mañana de ayer tuvo lugar el VIII Rally Virgen Blanca, organizado por el Aero-Club de Vitoria. Participaron avionistas de Pamplona, Bilbao, San Sebastián y Vitoria. La prueba comenzó con unas pruebas por el aeropuerto, en la tercera de las cuales se realizó un bombardeo sobre un círculo de 2 mts. de diámetro, faceta en la que se proclamó vencedor Aramendia de Pamplona con un Jodel.

En la cuarta y última pasada tuvo lugar una toma de precisión.

Seguidamente los pilotos Luengo, de Madrid, Acosta, de Vitoria, y Merino, de Bilbao, realizaron unos vuelos acrobáticos realmente buenos.

El recorrido del Rally fue: Vitoria-San Sebas-

tión-Pamplona-Vitoria, y la clasificación quedó así:

1. Escudero y Duruti, de Pamplona.
2. Merino, de Bilbao.
3. Acosta, de Vitoria.
4. Elizalde y Aramendia, de Pamplona.
5. Salazar, de San Sebastián.
6. Martínez, de Vitoria.
7. Zaratón y Lizarraga, de Pamplona.

Don Emilio Zárate, presidente del Aero-Club de Vitoria, explicó que habían fallado algunos pilotos, además de unos paracaidistas, estos últimos por motivos económicos. Señaló una vez más la necesidad de un apoyo económico fuerte, imprescindible para llevar a cabo este tipo de pruebas.



# EL AMANECER DE UN TIO VIVO

Por José María Saenz de San Pedro

Es otoño. En la intersección de dos calles de una capital española, se alza un promontorio encapotado. Son las siete de la mañana. Alguien ha mirado por un agujero de la lona y ha exclamado:

—¡Anda la osa...! ¡Si es el tío vivo!

Son varios los agujeros de la lona por los que entra, filtrado de curiosidad, la luz. La fauna del carrousel acusa la mañana: se desespera; rebulle como dispuesta a abandonar la pirámide de bártulos, hierros, bastidores, y colgaduras que se amontonan bajo el segundo cielo de la lona.

Un caballo del tío vivo a su compañero de la derecha.

—¿Qué tal has descansado?

El segundo caballo. —Así, así... medianeamente... Se me ha metido en las entrañas la pieza de música del postrer domingo; aquel del año 12 en Pamplona. ¡A mis años y tarareando con loco frenesí «La Viuda Alegre»... Si yo supiese cocinar.

Toda la fila de caballos. —Lo mismo digo... lo mismo digo... lo mismo digo...

El primer caballo. —Mi cola amenaza desplomarse. Jura que estamos en otoño.

El segundo. —¿Qué más da? Tú siempre dándole vueltas a lo mismo. Acabarás mareado y neurasténico... ¿Qué son nuestras vidas sino un perpetuo girar a 0,20 los quince vueltas?

El primer caballo. —Ahora costamos a 0,50 las trece vueltas. Dicen que el mundo evoluciona.

La cebra inmóvil. —El ama lleva medias «cristal», zapatos «vértigo» y ya no usa mondadientes ni suelta tacos en femenino.

El segundo caballo. —Y fuma.

La cebra inmóvil. —Sí; desde que se racionó el tabaco.

Un cerdo. —También se murmura que, si fuésemos de carne, nos venderían uno a uno a precios elevadísimos. ¡Dios sabe con qué fin!

El primer caballo. —Estos barrótes que nos atraviesan son el estigma de nuestra esclavitud y el asidero de millares de granujas... pero, al fin y al cabo, somos los nobles brutos... la aristocracia de la fauna.

Un cerdo. —¿Que se callen esos tíos cursis que presumen de cuatro patas!... Os creéis galopadores de pura sangre y dais la sensación de niñas vacuas y mantecatas saltando a la

comba...

Un caballo. —¡Si no te callas, usaré de todos tus nombres! Un cerdo. —Nosotros no presumimos, y en cambio, somos los que moseamos en más dulce andalucía. Y, además, somos los preferidos por los soldados de Caballería...

Otro cerdo. (Con voz atiplada). —Yo he sostenido 17.000 amas secas.

El caballo que describe el círculo más pequeño. (Triste y alicaído). —Yo no entiendo de fisonomías. ¡Maldita infancia! Si al menos me pusteran espejos en el lomo...

Un leopardo. —Vivan los valientes! Todo un señor de la selva escoltado por cerdos y montado por pacíficas matronas y estudiantes de Bachillerato.

El caballo primero al segundo. (Con malsana curiosidad). ¿Cómo será un cerdo visto de frente?

Un cerdo a otro. —¿Por qué nos miran con tanta insistencia las amas de casa?

El otro. (En voz baja). —Sí, y nos llaman escritares porque nos mordemos la lengua de costadillo.

El recoge perras del tío vivo. —¡Calla!... que aquí el único que se mueve y marca racionalmente y que tiene que comer es un servidor.

Todos los animales. —¡Pobrecillo!

El leopardo. (Inconscientemente). —¿Qué será tener que comer?

La dueña del tío vivo al recoge perras. —Desde que estamos en Vitoria tu cabeza no anda bien. Duermes agitado y no haces más que hablar solo.

El recoge perras. (Para sí y desolado). ¡Solo...! ¡Solo...! ¡Qué sabrán estos pobres mujeres capitalistas!

Otro curioso ha vuelto a mirar por el agujero de la lona y ha exclamado:

—¡Estos gachós sí que viajan...! ¡Y cómo lo pascan...! ¡Y parecen tontos...! De feria en feria y de fiesta en fiesta. Y en septiembre a sacrificarse: ¡A vercarame en San Sebastián! Y encima tendrán el cine de quejarse de que si andan mal de cambios, de que si las pulgas... (Gritando al recoge perras). ¡Tú, ingeniero! ¿Se puede entrar de meritorio en este venerable tío vivo con los viajes pagados?

La dueña del tío vivo. —Lo siento, pero los cerdos están

completos. No hay más plaza vacante que la de cebra loca.

Ya es día completo y la lona va abriendo sus bocas rectangulares a la calle y al ruido. La fauna de madera rumia silencio y polvo. Espera con ansiedad el momento cercano de descubrir sus lomos coloreados y sus crines inmóviles. Sabe que tiene algo de permanente y desafizador su girar intermitente, base de esa alegría de sonrisas que nunca es alegría ni puede ser tristeza.

(La Voz de España, 15-11-1942.)

